

HISTORIA SOCIAL, HISTORIA MILITANTE: “UN PRODUCTO COLECTIVO”

Pablo A. Pozzi¹

RESUMEN: El objetivo de este ensayo es, a través de una reseña de la labor historiográfica personal, intentar una reflexión que aporte a la discusión de lo que Raphael Samuel llamó “historia obrera, historia popular”. En todo caso, y a pesar de los esquemas rígidos de la academia, la historiografía reseñada no es ortodoxa sino más bien que es lo que en una época se llamó “historia militante”, en el sentido de un compromiso político, ideológico y sobre todo social. De hecho, el planteo es que intenta ser una especie de síntesis histórica para intentar buscar una nueva forma y más acabada de comprender a la clase obrera. La idea subyacente en los trabajos discutidos, y también en este ensayo, es que la historia científica es aquella que articula teoría con empiria, la que puede leer un trabajador y comprenderla, la que te hace reflexionar sobre la realidad circundante y no te deja indiferente.

PALABRAS CLAVE: Historia social. Historia argentina. Historia popular.

ABSTRACT: This essay presents a review of the author’s personal work as an historian. The main idea is to contribute to the discussion set out by Raphael Samuel in terms of “working class history, popular history”. Thus, and in spite of several fashionable professional criteria, the historiography discussed belongs to what once was called “radical or militant history” in the sense of having an overtly political, ideological, and social commitment. In fact, the underlying premise is that this history belongs to an ongoing search for a fuller, more complete comprehension of the working

¹ Profesor Titular Regular, Departamento de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

class history and processes. In addition, another assumption in this essay is that scientific history articulates theory with empirical research, can be read and understood by the average educated worker, and that helps us rethink existing reality without ever leaving you indifferent.

KEYWORDS: Social history. Popular history. Argentine history.

“Así que no tengo *derecho* a la desesperación. Insisto con la esperanza. Sí, es un sentimiento. Pero no es irracional. La gente respeta los sentimientos pero quiere razones. Razones para seguir adelante, para no rendirse, para no refugiarse en el lujo privado o la desesperación privada. La gente quiere pruebas de esas posibilidades de la conducta humana de las que acabo de hablar. Sugerí que *hay* razones. Pienso que *hay* pruebas. [...] Lo que elijamos enfatizar en esta historia compleja determinará nuestras vidas. Si solo vemos lo peor, lo que vemos destruye nuestra capacidad de hacer algo. Si recordamos los momentos y lugares —y hay tantos...— en los que la gente se comportó magníficamente, eso nos dará la energía para actuar, y por lo menos la posibilidad de empujar a este mundo, que gira como un trompo, en otra dirección.”² Cuando leí este ensayo del gran historiador y militante marxista norteamericano Howard Zinn, hace ya muchos años, sentí que sintetizaba lo que estaba en mi corazón como persona y como historiador. De ahí que tuviera la pedantería de comenzar a garabatear algunas notas que explicaran, y me explicaran, los ejes de mi propio trabajo. Tengo la suerte de que esa labor de historiador no haya sido jamás un producto individual ni de gabinete, sino que fue abonado colectivamente por las preguntas y las perspectivas de muchísimos compañeros.

Hacer un balance de la propia obra y trayectoria historiográfica

² Howard Zinn, “¿Por qué tener esperanzas en tiempos difíciles?”. Pablo Pozzi y Fabio Nigra, comps. *Huellas Imperiales. Historia de los Estados Unidos 1929-2000*. Buenos Aires: Editorial Imago Mundi, 2001; pág. 34.

siempre es un problema. ¿Cómo retratar un proceso sumamente complejo %y muchas veces casi inconsciente% de construcción profesional e intelectual sin divorciarlo de la experiencia personal? Podría decir que mi obra es profundamente personal, o que intenta acercarse a lo mejor de la historia social, o que trata de analizar la complejidad de la clase obrera en función de su emancipación. También puedo hacer referencia a lo metodológico puesto que además de la historia tradicional me he visto obligado, por la temática abordada, a recurrir a la historia oral, a los estudios culturales, a la antropología, a la sociología y a las ciencias políticas. En todo caso, y a pesar de los esquemas rígidos de la academia, siento que mi obra no es ortodoxa sino más bien que es lo que en una época se llamó “historia militante”, en el sentido de un compromiso político, ideológico y sobre todo social. O sea, intenta ser una especie de síntesis histórica para, creo yo, intentar buscar una nueva forma y más acabada de comprender a la clase obrera. Mi eje como historiador, y también en este ensayo, es y siempre fue que la historia científica es aquella que articula teoría con empiria, la que puede leer un trabajador y comprenderla, la que te hace reflexionar sobre la realidad circundante y no te deja indiferente. El objetivo de este ensayo es, a través de una reseña personal, intentar una reflexión que aporte a la discusión de lo que Raphael Samuel llamó “historia obrera, historia popular”.

A mí me interesó, desde un principio, esa historia que la gente común hace suya, y como tal me interesaba el proceso por el cual esa gente “hacía historia”; o sea, el cómo sus intereses y sus acciones se convertían en el motor de la historia. Inicialmente me dediqué a la historia española del siglo XIX. En particular me interesó un movimiento llamado “carlismo” que protagonizó siete levantamientos contra el gobierno central. Fue éste un movimiento tradicionalista, católico y profundamente reaccionario y a mí me interesaba el porqué el pueblo vasco-navarro más humilde podía hacerse carlista, en lo que era una decisión, desde mi punto de vista, totalmente irracional. Y el porqué tenía que trascender las respuestas poco profundas del tipo “eran atrasados” o “no tenían conciencia”. En síntesis, ya en ese entonces me interesaba el tema de la conciencia de clase y cómo esta operaba en la realidad.

Al mismo tiempo, esa era una época de militancia política en lo personal, donde lo “académico” parecía transitar por una vía y la revolución por otra. Recuerdo que mi responsable de célula decía que ambas cosas no eran contradictorias, pero que había que estudiar cosas útiles como computación o ingeniería y no perder el tiempo con la historia. Más adelante le conté esto a un obrero automotriz cincuentón (en ese entonces él era para mí un “viejo” lleno de experiencia). El me miró y me dijo que ojala hubiera podido estudiar letras o historia, “por que el estudio te abre la cabeza y la historia de los pueblos más todavía”, reformulando el viejo criterio de que la educación te hace libre. “Podés ser historiador -dijo- pero si lo vas a ser para que sirva a la revolución vas a tener que pensar no sólo el para qué y el para quién sino el cómo”. De alguna forma eso me guió y me torturó: el cómo hacer una historia científica y de clase que no fuera simplemente la terminología marxista superpuesta a las consabidas prácticas de la academia burguesa.

Mi primera reacción fue absolutamente esquemática: abandoné la historia de España para volcarme a la historia de la clase obrera argentina. En mis estudios de aquel entonces cada problema, cada idea, cada obra que leía y cada cosa que escribía o planteaba eran como una lucha de vida o muerte, conmigo siempre parado en las barricadas, banderas rojas al viento. Y un buen día, allá por 1979 en Estados Unidos, el sociólogo y compañero norteamericano James Petras me invitó a su clase en la Universidad de Binghamton para hablar de la clase obrera argentina. Yo pelé mi esquema panfletario y Petras, con una suavidad y diplomacia notable, me señaló que realmente yo no tenía la más mínima idea de lo que estaba hablando y que confundía la historia científica con el panfleto político. Avergonzado me puse a estudiar, sin tener la más mínima idea de la importancia y la relación que podía tener esto con el trabajador común. Hace un tiempo le conté esto a Petras que, como corresponde, ni se acordaba el tema. Para él aquello fue una crítica sin demasiada trascendencia, pero para mí el aporte de un intelectual comprometido con la clase, al igual que las críticas fraternales de muchos otros compañeros, fueron hitos claves en mi vida intelectual y política.

Un año después, en 1980, por eso de las circunstancias de la vida y de la política, gracias a un compañero solidario había conseguido un trabajo en el Centro de Estudios Laborales de la Universidad del Estado de Nueva York. Mi tarea era enseñar historia del movimiento obrero norteamericano dentro del programa de aprendices de la Hermandad Internacional de Obreros Electricistas (IBEW). Era un desafío que ampliamente excedía mis habilidades. Por un lado yo no sabía nada del tema, y tampoco me interesaba mucho que digamos, al fin y al cabo yo creía firmemente que la clase obrera norteamericana disfrutaba de los beneficios del imperialismo. Por otro lado, mis alumnos eran bastante especiales: casi todos hombres, casi todos blancos, que trabajaban nueve horas diarias para luego enfrentarse a cuatro horas de “formación universitaria”. Era un programa “progre” puesto que incluía, a la formación técnica tradicional, historia obrera, sociología laboral, política sindical, y economía del trabajo. Sin embargo, realmente, era un filtro para un grupo de trabajadores que tenía una jornada agotadora por poca plata pero que querían convertirse algún día en “jornaleros”³. Digamos que mis alumnos no querían estar ahí y lo demostraban con un nivel de agresión hacia los docentes como no he visto desde entonces. Así combinamos sus pocas ganas con mi aburrimiento e ignorancia del tema para obtener una mezcla letal a mi futuro laboral. Tenía que mantener su interés como forma de controlar la clase y sobrevivir en el empleo. Y al mismo tiempo tenía que hacer que mi trabajo no fuera la tortura china que yo sentía que era. En medio del descontrol de la clase y preocupado por la posibilidad de mi despido, un día se me ocurrió contarles lo poco

³ Para una serie de gremios norteamericanos, sobre todo los que tienen que ver con la industria de la construcción como la IBEW, la estructura sindical retiene elementos del artesanado. Eso les permite mantener un cierto control sobre el mercado de trabajo y tener sueldos relativamente altos. Así un jornalero de la IBEW ganaba en 1980 cuatro veces el salario mínimo, mientras que un aprendiz recibía sólo 50% más del mínimo. Para pasar de aprendiz a jornalero había que cumplir una serie de requisitos gremiales entre los cuales estaba aprobar de dos a tres años de cursos del Centro de Estudios Laborales.

que yo sabía del movimiento obrero norteamericano desde la perspectiva de un argentino. Hablé del Primero de mayo en Chicago y en Chivilcoy, de la IWW, y algunas otras pocas cosas que yo conocía, más por militancia que por estudios. Debo confesar que me apasioné, y ellos comenzaron a entusiasmarse conmigo. Creo que nunca se habían imaginado que sus vidas podían influenciar las de otros seres humanos, y menos aun que fueran un ejemplo para muchos. La historia dejó, repentinamente, de ser algo muerto para convertirse en algo vivo y de actualidad. Volaba la imaginación y de ahí a ver cómo la historia tenía algo que ver con sus necesidades de la época fue solo un paso. De ahí en más tuve que estudiar a lo loco y no solo sobre historia obrera sino también sobre el sindicato IBEW y sobre sus afiliados. Y aprendí algo fundamental: la historia era importante para el ser humano común, pero sólo cuando estaba vinculada a la vida real.

Esto último me era difícil de comprender porque me habían formado en la tradición de una historia objetiva. Levene, Romero padre, Gallo y Cortés Conde, Braudel, Witold Kula, William Langer y Miguel Artola eran considerados serios por el mundillo académico... y para mí eran muy, muy aburridos. En cambio los revisionistas eran “divulgadores” poco serios, pero fascinantes. Me tomó mucho tiempo darme cuenta que unos y otros podían tener investigación o simplemente inventar conclusiones como había hecho Gino Germani. Pero aun más tiempo me tomó darme cuenta que los segundos eran populares no por su baja científicidad sino porque eran relevantes y discutían apasionadamente temas y problemas que eran de actualidad para la mayoría de la población.

Para el curso de la IBEW tuve que leer a mucha gente que para mí eran ilustres desconocidos. Así pude ver los trabajos de historiadores como Howard Zinn, David Montgomery y Staughton Lynd. Para ellos ser de izquierda y estar con los trabajadores no era tener un discurso “marxistoiide”, sino que era una práctica social, un lenguaje, una relación entre lo intelectual y la vida cotidiana de los trabajadores. No sólo era buena historia sino que descubrí, tratando de enseñársela a estos obreros-alumnos que había que saber mucho para poder explicarla en una forma

accesible y que no fuera superficial. Y a pesar de mis prejuicios de universitario, mis alumnos se daban rápidamente cuenta de cuando yo estaba “chanteando”. Para dar un ejemplo puntual: unos años antes me habían enviado a una célula para enseñar marxismo a un grupo de obreros y obreras. Y ahí estaba, yo, que “sabía” marxismo, y ellos que debían aprenderlo. Entre ellos estaba Pepa, una vieja obrera del vestido. Y yo dale a explicar qué era plusvalía. “¿Entendistes Pepa?” “No.” Y dale otra vez. “Obrera ignorante, atrasada”, pensaba yo. Al tercer intento, harto de sus negativas, se me ocurrió preguntarle cómo eran las cosas en su fábrica. Al rato habíamos discutido explotación, alienación y plusvalía. Y Pepa se dio vuelta y me dijo: “¿Eso era? Pero ¿porqué no lo dijistes antes? Hablas taaaan raro vos”. Y me dejó pensando que el que realmente no entendía nada era yo. Mucho leer *El Capital* y nada de conocer la realidad. Digamos: mi materialismo histórico y dialéctico no lo era mucho.

A partir de estas experiencias, y de encontrarme con la obra de historiadores como Montgomery, comencé a percibir que la teoría no era un fin en si mismo sino que era una forma, a veces inacabada e inexacta, de explicar la realidad. Y la historia “era, por definición, absolutamente social”⁴ en un sentido mucho más completo de lo que me habían enseñado mis profesores: para Pepa y para mis obreros-alumnos la historia no era un sujeto de estudio, era su vida. Digamos de otra forma, “clase social” como concepto teórico puede ser insuficiente para describir una realidad sumamente compleja, pero al mismo tiempo describe una realidad existente y viva en Pepa y millones de otros obreros. De ahí que yo piense, aun hoy, que la teoría no es ni perfecta ni un fin en si misma, sino que es una forma de explicar el funcionamiento de la realidad y por ende siempre hay que articularla con la base empírica. El concepto de clase social es útil no porque lo hayan utilizado Marx y Weber, sino porque, aun con sus problemas, es lo que mejor describe una serie de comportamientos y prácticas colectivas realmente existentes.

⁴ Lucien Febvre. *Combates por la historia*. Barcelona: Ariel, 1970, pp. 39-40.

El gran historiador norteamericano, David Montgomery, que había sido obrero mecánico durante muchos años explicó que él había sido expulsado de su fábrica por militante comunista. Como la lista negra no le permitía volver a ser obrero se dedicó a hacer la segunda cosa que más le gustaba, ser historiador. Y él no escribía la historia de la clase obrera, él escribía *su* historia⁵. Creo que yo escribo la historia de la clase obrera y escribo, también, *mi* historia.

I.

Hoy en día mis campos de estudio son dos, fundamentalmente. El primero es el estudio de la clase obrera argentina sobre todo después del golpe de estado de 1955 que derrocó al gobierno del general Juan Domingo Perón. El segundo se ha centrado en el estudio del movimiento obrero norteamericano a partir de 1945. Si bien aquí vamos a hacer referencia al primero, quiero dejar en claro que entre ambos campos se ha dado una relación fructífera en cuanto a planteos, hipótesis y métodos que en uno pueden estar más desarrollados que en el otro. Así, los estudios sobre la recomposición de clases en Estados Unidos, o la segmentación laboral, me han servido para aproximarme desde un lugar distinto a la clase obrera argentina. Dentro de mi estudio sobre la clase obrera argentina hay tres grandes investigaciones en mi haber, todas ellas articuladas en lo que ha sido una investigación de largo aliento en torno a las prácticas clasistas, la politización de los trabajadores y, por ende, la conciencia de clase. Por debajo de todo esto el hilo vinculante son una serie de nociones derivadas de los estudios de Herbert Gutman, posiblemente el más importante historiador de la clase obrera norteamericana, y que se sintetizan en conceptos como “cultura subterránea” o “sentido común”.⁶

⁵ Mark Naison and Paul Buhle. “Interview with David Montgomery”, en MARHO. The Radical Historians Organization. *Visions of History* (Nueva York: Pantheon Books, 1976), págs. 174-175.

⁶ Herbert Gutman, en su principal obra *Work, Culture and Society in*

El primero de estos estudios fue hace ya casi dos décadas, y como resultado escribí un libro sobre la resistencia de los trabajadores a la dictadura de 1976-1983.⁷ El objetivo de aquella obra era plantear que los trabajadores argentinos no habían sido meros observadores pasivos de una de las dictaduras más represivas en la historia nacional. Para mí esta obra de historia era también un aporte a la militancia política. Todo buen estudio histórico comienza por la conclusión. Esa conclusión siempre es el resultado de una posición política e ideológica. No importa cuánto lo disfracemos, o cuán inconcientemente lo hagamos, nuestra opinión sobre el desenlace de la historia siempre está al principio. En general la profesión tiende a tratar de silenciar este aspecto central del trabajo del historiador centrándose, en cambio, en una aparente objetividad positivista que hace eje en la precisión y el cúmulo de la investigación. Lo que se deja de lado es la discusión sobre los significados de la experiencia humana y el cómo nosotros la interpretamos. La obligación moral y política que todos tenemos de interpretar la totalidad de un hecho histórico no debe confundirse con la tarea de asignar responsabilidades políticas y morales por crímenes específicos. El comprender un hecho histórico es en sí mismo un hecho moral y político, y la capacidad de comunicar esa interpretación histórica es algo que puede, en principio, brindar instrumentos para tomar mejores decisiones políticas y morales en el futuro. En este sentido, la discusión sobre la clase obrera argentina bajo la dictadura de 1976-1983 no ha sido una mera disputa académica. De hecho, la conformación de una perspectiva particular, que postula la derrota histórica de la clase obrera argentina, se ha convertido en la base material para renunciamientos políticos e ideológicos de todo tipo. Sin embargo, la realidad de la clase obrera siempre reabre el debate. En esta discusión los desacuerdos continuarán

Industrializing America (New York: Vintage Books, 1977), desarrolla una cantidad de conceptos para el estudio de la clase obrera norteamericana sobre todo a partir del marxismo de Raymond Williams.

⁷ Pablo Pozzi. *Oposición obrera a la dictadura 1976-1982*. Buenos Aires: Editorial Contrapunto, 1988.

sin resolución definitiva a largo plazo. Por un lado, porque los procesos de la investigación y su interpretación son siempre abiertos, planteando conclusiones tentativas hasta que los modifica una mejor investigación. Pero más aun, porque los desacuerdos, como casi todos los debates históricos importantes, contienen un componente ideológico esencial que hace a la visión del historiador en cuanto al papel histórico de la clase obrera.

Ese primer trabajo se centró en las formas de resistencia y en las luchas, casi inconscientes, que realizaban los obreros argentinos frente a una dictadura sangrienta y despiadada. Encontré huelgas, sabotajes, formas de organización y todo un mundo subterráneo y clandestino que me sorprendió. En esto me resultó de suma utilidad la obra monumental del historiador inglés Tim Mason sobre la clase obrera alemana bajo el nazismo.⁸ En esta obra Mason demostraba fehacientemente que los obreros alemanes, a pesar de la represión, se habían rehusado a colaborar con el régimen nazi no sólo con indiferencia o apatía sino con formas claramente identificables de acción colectiva. Esta acción llevó al fracaso de la política social de Hitler. Así, Mason recurría a una comprensión muy poco dogmática del concepto de clase, rescatando su significado político subterráneo. El resultado era sumamente útil puesto que se alejaba de la dicotomía triunfo-derrota para aproximarse a un proceso histórico producto de las diversas expresiones de la “agencia humana”.

Para poder hacer la investigación tuve que recurrir, además del tradicional trabajo de archivo, a la historia oral. Necesitaba que fueran los mismos trabajadores los que me contaran su experiencia; aquella que no quedaba registrada en los informes oficiales, en los periódicos o en los partes de los jefes de personal. Aquí había otra forma de hacer historia; de hacer *buena* historia. Por que no se trata sólo de hacer entrevistas y contar cuentos, sino más bien de expresar cuestiones complejas a partir de la

⁸ Tim Mason. *Social Policy in the Third Reich. The Working Class and the National Community*. Oxford: Berg, 1993.

experiencia real de la gente. Se trataba de rescatar la memoria viva para que las futuras generaciones pudieran construir su futuro. La buena historia oral es una forma que, a partir de experiencias individuales, puede un ser humano común sentirse reflejado, aprender de las experiencias y que le sirva para repensar su propia realidad.

Esto es así por un lado, pero por otro la historia oral es también una forma de recuperar aquella historia que ha sido silenciada por los poderosos. En general, hemos considerado a la historia como algo profundamente ligado a las fuentes escritas. Esta noción derivada de la visión rankeana (y considerada científica) tiene algo que ver, pero no mucho, con la historia de los pueblos. Los irlandeses tenían sus bardos, los griegos sus tragedias, la oralidad de los incas; todas fueron formas de transmitir la historia. Ésta tiene varias funciones: una es la legitimación de un tipo de sociedad determinado; otra es el de la memoria y la transmisión de experiencia, digamos las lecciones del pasado; una última, es la de la constitución de un grupo social a través de la creación de una historia compartida que define identidades colectivas. Así, la historia oral se convertía en la base material necesaria del sentido común y de las estructuras de sentimiento imprescindibles tanto para la dominación como para la liberación del oprimido. En este sentido, la oralidad es la forma más antigua de transmisión del conocimiento histórico. Sin embargo, no toda cuestión oral es historia oral. Existen múltiples formas de testimonios, que son válidas y útiles, pero que no son historia oral. La labor de entrevista que hace un periodista es oralidad; el trabajo de antropología cultural también lo es; y ni hablar del análisis lingüístico y del discurso. En el caso de la historia oral sus pautas distintivas tienen que ver sobre todo con el hecho de que a través de la oralidad se trata de disparar la memoria para construir una fuente que nos aporte a lograr una forma mas completa de comprensión del proceso social. Así comprender que había ocurrido con los trabajadores argentinos durante la dictadura no podía prescindir de los testimonios orales de sus protagonistas. Si la historia es el ser humano, en sociedad y a través del tiempo, entonces la historia oral provee una fuente al investigador para aprehender

tanto la subjetividad de una época, como para percibir una serie de datos que de otra manera no ha quedado registrada. Digamos, el testimonio (más allá de su belleza o cualidad emocionante) tiene sentido para el historiador mucho más allá de su construcción como discurso, como narración, o como imaginario. Su sentido lo da (o no) el que provee una ventana particular para mejorar nuestra comprensión de una sociedad determinada. Así, el historiador oral debe utilizar no sólo las técnicas del entrevistador sino sobre todo las del historiador, tomando todos los recaudos necesarios tanto al interrogar la fuente como al construir una explicación a partir de ella. Si no hay explicación, si no hay proceso, si el uso de la oralidad no sirve para explicar el proceso histórico, entonces el análisis puede ser válido y hermoso pero no es historia oral.

Por otro lado, y debemos aclararlo, de ninguna manera es la historia oral la historia de “los sin voz”. Como toda historia, es una construcción del historiador con los historizados. Lo que si permite, es acceder a sectores no dominantes de maneras innovadoras. O sea, sino fuera por la historia oral en general todo lo que podemos hacer es ver a los oprimidos a través de las fuentes gestadas por los opresores.

En el mismo proceso de realizar docenas de entrevistas descubrí, para mi gran sorpresa, que mi trabajo se encontraba imbuido de una cantidad de preconceptos sobre la dictadura de 1976 que se derivaban de mi propia extracción clasista. Cuestiones que yo sabía por experiencia propia como obrero fabril, no las había tomado en cuenta como historiador. Por ejemplo, el mero hecho que la violencia no es algo externo y ocasional, sino que es parte de la vida cotidiana del trabajador. De hecho esa fue mi experiencia como obrero mecánico, como gráfico y como pulidor de oro. La vida en la fábrica implica violencia; la explotación es violencia; las huelgas se defienden con violencia. Sin embargo, y a pesar de la experiencia propia, esto me lo tuvieron que explicar mis entrevistados. Uno me dijo: “el huelguista iba a defender el trabajo con uñas y dientes, y no abundaba la gente que se fuera a hacer romper la cara por dos mangos”. Otro me señaló: “Empecé a recordar la vida donde nosotros vivíamos. En los

obrajes cómo vivía la gente. Los compañeros me hablaban; me sorprendía el conocimiento que tenían de la situación en que vivía la gente, por ejemplo ahí en Santiago del Estero, los Santucho sabían bien lo que pasaba, que había superexplotación, que no les pagaban sueldo, que les pagaban con papeles, con mercadería, que no tenían atención médica, que se morían desangrando por heridas, por picaduras de víbora, qué se yo, hasta lepra había habido en el pueblo en el que yo vivía; y ellos me decían ‘eso es violencia, eso también es violencia’.” Otro ejemplo es que para mí, como intelectual y militante izquierdista, la dictadura de 1976 había sido un hito histórico y personal. Pero para los trabajadores comunes esa dictadura, con lo terrible que había sido, era sólo un evento más en la negra noche que venían sufriendo desde el derrocamiento del general Juan Domingo Perón en 1955.

Por supuesto que todo lo anterior generó fuertes discrepancias tanto en el mundo académico como en la militancia. Para los primeros mi investigación estaba reñida con la “historia oficial” que, en el mundo forjado por la caída de la Unión Soviética, restaba todo protagonismo histórico a la clase obrera. En cambio, para los segundos había existido una derrota histórica puesto que equiparaban su propia decadencia con la de la clase. Es indudable que la dictadura tuvo logros pero también fracasos. Tuvo éxito en destruir una generación de activistas y en modificar aspectos claves de la estructura económica, sin embargo no lograron construir la Argentina que tenían proyectada. Sólo así puede entenderse que las transformaciones socioeconómicas llevadas a cabo por el proyecto neoliberal del presidente Carlos Menem fueran necesarias para la burguesía.⁹

Al investigar la actividad subterránea de la clase obrera argentina entre 1976 y 1983 tuve que repensar categorías, métodos, perspectivas y formas de aproximación a la historia de

⁹ Esto lo discutí en profundidad en: Pablo Pozzi y Alejandro Schneider. *Combatiendo al capital. Crisis y recomposición de la clase obrera argentina (1985-1993)*. Buenos Aires: El Bloque Editorial, 1994.

los trabajadores. En todo análisis sobre la clase obrera subyace la discusión en torno a conciencia. Para todo estudioso del tema, sea cual fuere su orientación política, este es un tema clave puesto que implica una apreciación sobre la capacidad de lucha de los trabajadores y, en última instancia, una definición de los mismos como alternativa posible al sistema capitalista. El problema más serio, para el científico social, en torno a esta discusión es que la conciencia del obrero ha sido vista principalmente en términos positivistas. En otras palabras, lógicamente avanza o retrocede, o es socialista y revolucionaria o aburguesada y conservadora, o es “verdadera” o es “falsa”. El problema con esto es que la conciencia del ser humano refleja numerosas cosas, contradictoria y dialécticamente. Además, no es ni lineal ni estática. Su dinamismo se basa en la realidad de la existencia material del ser humano. La experiencia vivida en el lugar de trabajo, en el vecindario y en la familia se articula, a través de pautas culturales, en una interpretación de la realidad y de los problemas que rodean al trabajador. Esa interpretación también implica esbozos de soluciones que pueden tener significados más o menos revolucionarios. En este sentido, la conciencia de un obrero se expresa en formas distintas a través del tiempo, en culturas distintas, o en diversos procesos históricos. De ahí que la conciencia no sea lineal ni unívoca. Esto no quiere decir que el trabajador tenga siempre la misma “conciencia”. En cambio si implica que esta conciencia puede ser muy fuerte o muy débil, dependiendo de la experiencia vivida por el trabajador. Más allá de las propuestas políticas concretas, de la fortaleza de esta conciencia depende la profundidad del antagonismo expresado en la lucha de clases. Esta experiencia puede haber llevado al obrero a sentirse más o menos parte del conjunto de clase, a visualizar o no a sus patrones como antagonistas, a cuestionar parte o el conjunto del sistema capitalista. Pero al mismo tiempo, no implica que el obrero sea socialista. Es perfectamente factible que tenga una fuerte conciencia como obrero y que la manifieste a través de otras expresiones políticas e ideológicas, como por ejemplo el anarquismo o el peronismo. Inclusive, el obrero puede no cuestionar abiertamente la existencia del capitalismo pero una

fuerte conciencia como tal puede llevarlo a un comportamiento que en la práctica se manifieste anticapitalista. Por supuesto, estos criterios de medición son de difícil aplicación en la Argentina donde, por un lado, el nivel de conflictividad ha sido alto en relación con otros países, mientras que el nivel de adhesión a las organizaciones izquierdistas por parte de la clase obrera ha sido bajo desde 1946. La mayoría de los obreros argentinos han sido, durante casi medio siglo, peronistas. ¿Esto significa que su conciencia ha sido “falsa”, baja o qué? Por otro lado, este tipo de caracterización deja totalmente de lado importantes expresiones de cohesión de clase como la solidaridad, la cultura, el lenguaje, la tradición. Pero que el obrero tenga una cultura propia que expresa e interpreta su realidad material sobre la base de significados propios y de resignificaciones de expresiones culturales burguesas¹⁰, no significa que tenga una conciencia revolucionaria. Sin embargo, las luchas en torno a la productividad, el ritmo y las condiciones de trabajo, y las tradiciones obreras conforman una disputa por el control de la producción que encierra un profundo cuestionamiento implícito a la propiedad privada de los medios de producción.

La conciencia de la clase obrera tiene una dialéctica que la aleja de visiones de un desarrollo lineal hacia una especie de revelación evangélica socialista. Movilizado por su realidad y su experiencia, cohesionado por su cultura obrera, el trabajador se comporta según sus intereses individuales que al coincidir con los de miles de otros en su misma situación se convierten en intereses de clase. Así, lo que en apariencia es una clase obrera aburguesada repentinamente puede protagonizar jornadas revolucionarias, para luego regresar a una aparente quietud. Al mismo tiempo, el planteo de reivindicaciones avanzadas o socialistas no quiere decir que no se mantengan,

¹⁰ Un buen ejemplo de esto es la resignificación realizada durante la Resistencia Peronista. Véase la excelente obra de Ernesto Salas. *La toma del frigorífico Lisandro de la Torre y la Resistencia Peronista* (Buenos Aires: CEAL, 1990), 2 vols.

contradictoriamente, otras percepciones al mismo tiempo. La conciencia socialista se manifiesta clara y abiertamente cuando los intereses de clase y particulares se unen con una solución revolucionaria a problemas concretos. Evidentemente, que el trabajador tenga una conciencia anticapitalista no equivale a que sea socialista. Pero a su vez, la conciencia socialista pocas veces tiene contenidos y expresiones similares a las que aparecen en las definiciones teóricas o de los manuales del marxismo.

Por otro lado, el problema de la conciencia obrera vinculada a la experiencia me llevó a replantearme la periodización de la historia a partir de comprender que el proceso histórico no es un abstracto en sí sino que se debe organizar a partir de la propia experiencia de la clase. Este primer trabajo llevó a otros sucesivos. La resistencia de los obreros argentinos a la dictadura de 1976 era sólo comprensible si uno postulaba que la relación entre la clase obrera argentina y los revolucionarios del '70 había sido mucho más estrecha de lo que suponíamos. Así, comencé a investigar la relación entre la guerrilla y la clase obrera. Yo quería saber porqué un obrero se hacía guerrillero. Una vez más fui sorprendido por la realidad. Fueron numerosos los obreros que se hicieron guerrilleros, y fueron muchas las organizaciones armadas que se nutrieron de la clase obrera. Eventualmente, me centré en el PRT-ERP convencido de que representó una experiencia central en la historia de las luchas revolucionarias argentinas. Lograr comprender esa experiencia me pareció algo fundamental para poder avanzar una vez más. Publiqué esa obra en el 2001 y no pretendía ser esa síntesis, simplemente intentaba aportar para que cada uno de los sobrevivientes haga la propia. En este sentido, me planteé dos interlocutores privilegiados: los antiguos militantes del '70 y aquellos jóvenes que aun hoy los miran con admiración. De por sí esto ha sido más que complejo puesto que las necesidades y expectativas de cada uno de estos interlocutores son distintas: algunos esperaban una reivindicación histórica y acrítica, otros buscaban confirmar su propia visión de la militancia *setentista*, mientras que hay quiénes se interesaban sobre todo por las anécdotas, y todos se sienten dueños de la historia. Esto significa que el texto se vio recorrido por una tensión

subyacente entre la crítica, la comprensión y la simpatía. A veces queda más claro un aspecto que otro. Sin embargo, mi objetivo es que ese libro contribuya a repensar el período y la experiencia del PRT-ERP. Quizás donde más claramente surge esto es en la relación entre democracia y lucha armada. La noción hegemónica el día de hoy equipara democracia a instituciones y legalidad existente. Desde el hoy, y cuando se lo critica como antidemocrático, el accionar del PRT-ERP estaba reñido con esta definición de democracia. En cambio, para el PRT-ERP y para el activismo *setentista* el término democracia equivalía a poder popular. En aquel entonces, era concebible que la lucha armada podía profundizar y ensanchar los espacios democráticos de poder popular. No se trata de debatir quién tenía razón, sino simplemente ubicar la discusión en sus términos históricos.

II.

Ese libro fue más complejo que otros en mi historia personal puesto que lo encaré como historiador, como tarea militante y como intento de aportar algo al necesario balance que posibilite un mejor futuro. Como toda obra ésta era profundamente personal e involucraba una cantidad de inquietudes con mi propio pasado junto con interrogantes sobre el presente mientras intentaba develar algunas de las tendencias hacia el futuro. En la práctica iba mucho más allá que intentar hacer simplemente una historia del PRT-ERP. Al igual que otros de mis libros, este estudio obedecía al intento por trazar las características de la sociedad argentina y, muy particularmente, de la clase obrera. En ese proceso se abrieron numerosos interrogantes en torno a la relación entre la izquierda marxista y los trabajadores argentinos, sobre la conciencia de clase y la cultura, acerca de las prácticas políticas y respecto de la articulación entre partidos políticos y sociedad. Era, y es, mi hipótesis que las expresiones políticas de una época determinada tienen una relación estrecha con la sociedad que las genera. En ese sentido, la guerrilla (y, podríamos decir, también los partidos burgueses, la derecha militante o las Fuerzas Armadas) fue una expresión de esa sociedad, con todas

sus virtudes y defectos. Esto implicaba que mi aproximación al tema estaba profundamente reñida con la visión hegemónica impuesta, sobre todo, por el partido Unión Cívica Radical del ex presidente Raúl Alfonsín, más conocida como la “teoría de los dos demonios”. En esta visión, la guerrilla era un subproducto de la pequeña burguesía juvenil radicalizada, motivada por la anomia y la desesperación generadas por el cierre de canales de expresión democráticos durante la dictadura del general Juan Carlos Onganía. La dictadura, a su vez, había sido una respuesta particularmente cruel y virulenta al desafío armado de estos grupos de jóvenes que, en su mayoría, no expresaban al conjunto social. Al mismo tiempo, para el alfonsinismo hegemónico, los partidos burgueses representaban la expresión de la democracia por antonomasia.

Mi visión era profundamente distinta. Para mí la guerrilla era la expresión de décadas de violencia institucional, donde partidos como la UCR o el Peronismo habían sido partícipes y colaboradores. Lejos de ser una expresión antidemocrática, la guerrilla al igual que las puebladas como el Cordobazo o la violencia de los anarquistas y los comunistas y de la Resistencia Peronista, era la forma que tenían aquellos trabajadores y sectores medios más politizados de intentar reclamar una verdadera democracia en el sentido de las amplias mayorías, o sea del gobierno del *demos*. A su vez, esto chocaba con algunas de las nociones más comunes que conformaban la identidad de los sobrevivientes *setentistas*. En su visión, los militantes de la década de 1966 a 1976 habían sido “los mejores hijos del pueblo” y su fracaso representaba un retroceso en el conjunto social. Para mí, también, la derrota del intento de “tomar el cielo por asalto” era algo muy doloroso, cuyas consecuencias las continuamos padeciendo hasta el día de hoy. Pero la investigación me generaba toda una serie de preguntas que, por lo general, no me había planteado previamente. Y también me facilitaba respuestas. Los *setentistas* fueron expresión de la sociedad de su época, mejores que muchos, similares a otros. Al mismo tiempo, me quedaba claro que cada organización potenciaba valores en los individuos que las componían, que les permitía trascender humanamente.

Esto se sintetizaba en la figura del líder guerrillero Mario Roberto Santucho cuyo heroísmo, sacrificio, decisión, y compromiso con la sociedad que lo había engendrado es, para mí, absolutamente maravilloso. Pero también, descubrí una persona profundamente humana. Santucho era también un “guerrero” convencido que tenía la razón y la historia de su lado y por ende reacio a comprender las críticas o a compartir su liderazgo. Esta humanidad del líder guerrillero era fundamental para comprender tanto su liderazgo como el mito que se generó al respecto. Asimismo, Santucho y la guerrilla en general, entroncaban con pautas culturales y estructuras de sentimiento que la sociedad argentina vivenciaba como “sentido común”. Siendo ateos pertenecían a una cultura clasista, cristiana, machista, homofóbica y caudillista. Al igual que la sociedad argentina, donde lo urgente siempre desplaza a lo importante debido a las constantes crisis sociales y políticas, la guerrilla tenía una gran cuota de urgencia que a veces lindaba en la desesperación. A pesar de hablar de la “guerra popular y prolongada”, la realidad era que nadie veía el horizonte de la revolución en un plazo mayor a unos cinco años. Todo esto permitió una decisión revolucionaria excepcional mientras que muchos argentinos podían identificarse con “el sentido común” de la *praxis* guerrillera. Esto me permitía explicar avances y retrocesos más allá de las relativas virtudes en la línea política. Y también me permitía visualizar el porqué tantos obreros ingresaron al PRT-ERP y a la izquierda en general, o porqué los guerrilleros marxistas se nutrieron de militantes cuyas familias eran peronistas o radicales, e inclusive explicar el cruce de activistas de derecha a izquierda y viceversa.

Por otro lado, esto me llevaba a preguntarme una serie de cosas sobre la clase obrera argentina. La cantidad de obreros peronistas que se hicieron “del PRT” revelaba que éstos, a pesar de su supuesta ideología, no eran estructuralmente anticomunistas. Es más, lo que yo recogía era que el proceso de politización tenía que ver con la calidad humana y la práctica del militante más allá de la línea política en sí. Así, surgía la sospecha que para la clase obrera el clasismo no es una postura ideológica sino más bien una *praxis* social.

Si la clase obrera no había rechazado uniformemente a la guerrilla y si yo podía probar que la incorporación de obreros politizados a las organizaciones armadas (y a la izquierda en general) era cada vez mayor, a su vez tenía que plantearme el porqué una guerrilla que era numerosa y en crecimiento, aguerrida, y con una relativa inserción de masas había sido aniquilada en un plazo de un año y medio de represión. Indudablemente la represión había sido salvaje e indudablemente la guerrilla había cometido errores. Sin embargo, esto no alcanzaba puesto que en lugares como Colombia, Nicaragua, El Salvador o Guatemala las organizaciones armadas revolucionarias habían sobrevivido a momentos de derrota tan profundos como el de Argentina. Más aun, la experiencia chilena del MIR con la guerrilla de Neltume¹¹ o la del Partido Comunista con el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, demostraba que se podía sobrevivir y desarrollar actividad armada en medio de las peores dictaduras.

Esto me llevaba a realizar una serie de preguntas en torno a la conciencia y la cultura de la sociedad argentina. A partir de mis entrevistas, de la visión de mis alumnos, y de mi propio entorno familiar empezaron a surgir temas que, espero, se puedan profundizar en futuras investigaciones y que comencé a volcarlos en la conclusión de este libro. A diferencia de interpretaciones como la de Néstor García Canclini¹² o la de Marcelo Cavarozzi¹³

¹¹ Véase la interesantísima obra del Comité Memoria Neltume. *Guerrilla en Neltume. Una historia de lucha y resistencia en el sur chileno* (Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2003). Uno de los aspectos más interesantes de esta obra es el rastreo del apoyo popular y de la estructura urbana que aun mantenía el MIR en Chile en 1981 y 1982.

¹² Véase Néstor García Canclini. *Culturas híbridas*. (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1992).

¹³ Marcelo Cavarozzi. *Autoritarismo y democracia (1955-1983)* (Buenos Aires: CEAL, 1983). En este ensayo impresionista, casi carente de sustento empírico y de investigación, este autor plantea que la tensión entre los términos del título planean sobre la sociedad argentina. De esta manera, retoma los planteos perimidos de Samuel Baily en torno a la antinomia liberales versus autoritarios, dando sustento a la teoría de “los dos demonios”.

yo encontraba que en la Argentina había una persistencia de una cultura izquierdista en un nivel subterráneo vinculada con el “sentido común” popular que permeaba la sociedad, incluyendo en esto a los pueblos chicos. Esta cultura expresaba un nivel de conciencia “en sí” que permitió la subsistencia de la izquierda orgánica a pesar de la represión y que, además, aportaría a explicar la persistencia y la dureza de la conflictividad social a través del tiempo.¹⁴ Pero, al mismo tiempo, para muchísima gente el capitalismo argentino, entre 1943 y 1967, había sido exitoso generando movilidad social y un relativo bienestar económico. La tensión entre ambos “sentidos comunes” generaba una estructura de sentimiento que se emparentaba con el populismo dando sustento a la subsistencia del peronismo y a una movilización en defensa de ese estado de bienestar social que era profundamente democrática y antidictatorial. Así, una *praxis* populista en el sentido de la confianza en la posibilidad de un capitalismo “más humano”, marcaba profundamente toda la política argentina, incluyendo en esto a la izquierda comunista.

El resultado, en términos de la clase obrera, fue reseñado por James Petras. Para él existía una homogeneidad clasista que estaba reforzada por lo que Petras ha llamado “redes familiares, sociales y políticas en torno a las cuales organiza su vida”. En este sentido, Petras notaba que existía una diferencia entre el obrero y sus dirigentes o “clase política”. “Las relaciones, actividades, valores, y posición social [*del obrero común*] son distintas de aquellas de la clase política, aún cuando comparten con esta clase una membrecía organizativa en común, un comportamiento electoral, y una oposición a los militares y la clase dominante. Sin embargo, existe una subcultura que une a la clase

¹⁴ Para un primer planteo en torno a esto véase Pablo Pozzi y Alejandro Schneider. *Los “setentistas”. Izquierda y clase obrera (1969-1976)* (Buenos Aires: EUDEBA, 2000). Y también Pablo Pozzi, “Conciencia y cultura izquierdista en la Argentina”. Ponencia, *V Jornadas de Sociología “Argentina: Descomposición, ruptura y emergencia de lo nuevo”*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (Buenos Aires: 11 al 16 de noviembre).

obrero independientemente de la organización formal, que abarca parentesco, vecindario, lugar de trabajo y clubes sociales. Estas experiencias en común separan a la clase obrera de la 'clase política'. Estas diferencias se manifiestan en formas distintas de expresión, y fundamentalmente en la noción de compañerismo, que surge de compartir la vida cotidiana, los eventos sociales, las tragedias, los eventos deportivos."¹⁵ En su análisis Petras señalaba cuatro características fundamentales de la clase obrera argentina. Estas son: primero, un alto grado de solidaridad y organización de clase; segundo, un rechazo generalizado a los valores y la dominación del Estado y de la burguesía; tercero, una clara noción de intereses de clase con un bajo nivel de mistificación, que se evidencia en el rechazo a sacrificar su estándar de vida a cambio de un ilusorio "desarrollo nacional"; y por último, poderosos lazos informales, expresados a través de la familia, el vecindario y el lugar de trabajo, que refuerzan la unidad de la clase en contra de la clase dominante.¹⁶

Lo anterior aportaba a explicar el alto grado de cohesión y autoidentificación clasista sin necesariamente romper con los presupuestos del capitalismo. Al mismo tiempo, aportaba a explicar por qué la guerrilla contaba con un importante grado de simpatía popular que no necesariamente se traducía en adhesión. Esto explicaría por qué, a pesar de esa simpatía, la guerrilla se separó de las masas a partir de mediados de 1975 facilitando su aniquilación física y su derrota ideológica. Al mismo tiempo, esto no implica plantear que el período 1969 a 1975 "no era el momento de la guerrilla", puesto que la incorporación de cada vez más personas sugiere que comenzaban a haber rupturas en esa cultura populista. La dictadura, y su salvajismo, junto con el apoyo que le brindaron los partidos tradicionales y la burguesía en su conjunto se explicarían así por la profunda amenaza derivada de este comienzo de ruptura en la hegemonía capitalista. Debería quedar

¹⁵ James Petras, "Terror and the Hydra: The Resurgence of the Argentine Working Class"; en James Petras, *et al.*, *Class, State and Power in the Third World* (New Jersey: Rowman and Littlefield, 1981), pág. 259.

¹⁶ *Ibid.*, 260-261.

en claro que esto no es más que una hipótesis de trabajo surgida de los interrogantes planteados en la investigación sobre el PRT-ERP, a ser probada por investigaciones posteriores. Sin embargo, la misma aporta en una dirección nueva en el análisis de la historia contemporánea argentina.

Quizás lo que más llama la atención en torno a todo lo anterior es que, pese a proliferación de obras periodísticas, testimoniales y literarias, hay una escasés notable de discusión sobre muchos de los interrogantes centrales del período histórico. Uno importante es la consideración en torno a los procesos histórico-sociales que generaron un movimiento armado revolucionario que involucró a decenas de miles de argentinos. Hubo muchos obreros que se hicieron Montoneros o PRT-ERP, además de muchísimos más que se volcaron a la izquierda peronista y marxista, tanto armada como reformista, en la época. Es evidente que esto sugiere una gran cantidad de cuestiones en términos de la conciencia y la cultura obrera del período. Y también dice mucho sobre la adhesión de los trabajadores argentinos al peronismo. Siempre me llamó la atención que la ecuación que equipara obrero con peronista jamás fue puesta a prueba, ni siquiera fueron examinados sus componentes básicos, con la posible excepción de la obra de Jeane Kirkpatrick.¹⁷ De hecho la investigación y los testimonios disponibles sobre obreros guerrilleros deberían hacernos repensar muchos de nuestros supuestos en torno al peronismo como ruptura política y cultural entre los trabajadores. En realidad el ejemplo de “Los muchachos peronistas” sugiere que lo que existió fue más un sincretismo que una ruptura, donde coexistían varias tradiciones culturales en tensión y equilibrio. De ser así, esto explicaría no sólo porqué muchos obreros no vivieron al peronismo como ruptura en sus estructuras de sentimiento, sino también como una cantidad importante de obreros, en la década 1966-1976, pudieron ser izquierdistas sin vivenciarlo como contradictorio con un sentido común peronista.

¹⁷ Jeane Kirkpatrick. *Leader and Vanguard in Mass Society. A Study of Peronist Argentina*. (Cambridge, Mass.: The Massachusetts Institute of Technology, 1971).

III.

Todo lo anterior implica la importancia de estructurar proyectos que puedan trazar la evolución de la cultura y la conciencia obrera, comparativamente, desde la década de 1930 hasta la de 1970.¹⁸ En la práctica si entre 1966 y 1976 hubo tantos obreros marxistas y guerrilleros procedentes de pueblos medianos y chicos del interior argentino, esto debía ser producto de un proceso de conformación de la cultura que había generado esa politización.

Hace ya dos décadas Raphael Samuel publicó su investigación sobre la militancia del Partido Comunista inglés (CPGB), centrándose en la zona del East End de Londres.¹⁹ A través de testimonios, cartas, poemas, autobiografías y novelas Samuel logró reconstruir un rico mundo político y social asentado en una cantidad de tradiciones y expresiones culturales que mostraban un submundo izquierdista de una riqueza y vitalidad insospechada para la mayoría de los historiadores. El deslizamiento y la resignificación cultural de estas tradiciones en otras nuevas, él las llamó los “teatros de la memoria”.²⁰ Eran pautas y criterios izquierdistas que se vivían no como “política” o “ideología” sino como “comportamiento correcto”, como “sentido común”.²¹ La capacidad que tuvo el CPGB, y luego el laborismo y el trotskismo, para entroncar con estos “teatros de la memoria” fue lo que le permitió arraigarse entre amplios sectores de trabajadores, aun cuando no tuviera casi impacto sobre la

¹⁸ Esta investigación la estoy realizando conjuntamente con Mariana Mastrángelo.

¹⁹ Raphael Samuel. “The Lost World of British Communism”. *New Left Review* 154 (November-December 1985). Y Raphael Samuel. “The Lost World of British Communism: Two Texts”. *New Left Review* 155 (January-February 1986). El texto completo de la investigación fue publicado en 1988 como *The Lost World of British Communism*.

²⁰ Raphael Samuel. *Theaters of Memory*. 2 vols. (London: Verso Books, 1994).

²¹ Muchos de estos planteos se basan en la sugerente obra de Raymond Williams. En particular, véase *Resources of Hope. Culture, Democracy, Socialism* (London: Verso Books, 1989).

superestructura política y electoral. Así se dio un sincretismo entre nociones izquierdistas y tradiciones “radicales” y artesanales del siglo XVIII que generaron una cultura obrera inglesa en particular con una fuerte impronta clasista y combativa. De hecho, se conformaron en tradiciones, memorias, experiencias y un sentido común que dieron por resultado una fuerte conciencia “en sí” de los obreros ingleses que fue el elemento subyacente y homogeneizador clasista desde la huelga general de 1926 hasta las huelgas de los mineros del carbón durante la década de 1980.²²

La investigación y las conclusiones de Samuel son sumamente sugerentes, y contrastan con los enfoques de gran parte de la historiografía que considera a la izquierda como relativamente ajena a las tradiciones populares argentinas. En aquellos que sí consideran relevante a la izquierda, tienden a concentrar su atención en las grandes ciudades: Buenos Aires, Córdoba, Rosario. Sin embargo, la historia argentina encuentra numerosos conflictos obreros y rurales en ciudades medianas y pueblos pequeños del interior.²³ Según el Boletín del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, Brinkmann, en el departamento de San Justo en Córdoba, fue la primera intendencia comunista de América en 1958.²⁴ En la década de

²² Otro caso importante que se dedica a temas similares, particularmente a la relación entre los comunistas y los afro-norteamericanos, es Robin D.G. Kelley. Véase Sidney Lemelle and Robin D.G. Kelley. *Imagining Home. Class, Culture and Nationalism in the African Diaspora* (London: Verso Books, 1994). Si bien Kelley tiene una amplia y muy interesante obra para este trabajo es particularmente relevante el artículo, en el libro ya citado con Lemelle, titulado “Afric’s Sons with Banner Red: African American Communists and the Politics of Culture, 1919-1934”. También véase Paul Buhle. *Marxism in the US* (London: Verso Books, 1987).

²³ En la Argentina los principales aportes e investigaciones en torno a conflictos de obreros rurales los ha realizado Eduardo Sartelli. También es interesante considerar una primera aproximación en la teorización histórica de este tema hecha por Waldo Ansaldi desde la sociología histórica. Véase Waldo Ansaldi, comp. *Conflictos obrero-rurales pampeanos*. 3 Vols. (Buenos Aires: CEAL, 1993).

²⁴ Jorge Gómez y Andrés Gutiérrez. “Primera intendencia comunista en América Latina”. En *Voces Recobradas. Revista de Historia Oral* Año 2, No.

1930, la Federación Obrera Local, del suroeste de la provincia de Córdoba, liderada por comunistas, socialistas y anarquistas, organizó 68 sindicatos locales en 28 localidades tales como Hernando, Alejandro Cabrera, La Carlota, Adelia María y Elena. Al mismo tiempo el Partido Comunista en la zona organizó numerosas "Asociaciones Comunistas Femeninas" en pueblos rurales. De hecho el archivo del dirigente rioquiense de la construcción Víctor Barrios revela el amplísimo trabajo realizado por los activistas sindicales de izquierda en el interior cordobés. Sólo la imaginación puede dar cuenta del significado de organizar centros femeninos comunistas entre las obreras y esposas de los peones rurales de localidades como Alejandro Cabrera.

Esto no se limitó a las décadas de 1920 y 1930. En la ciudad de San Francisco, en el este cordobés, por un lado tenían presencia la UCR y el Partido Demócrata. Este último tendía a apoyar al primero en las elecciones municipales.²⁵ La causa de esto era que el principal partido de la ciudad era el Comité Popular de Defensa Comunal (CPDC), dirigido por don Serafín Trigueros de Godoy.²⁶ Este partido, contaba con una amplia base obrera²⁷ y popular y adhería al espectro político de la izquierda anti-stalinista,

5 (Agosto 1999: Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires). Esta afirmación parece, por lo menos, exagerada puesto que Villa Huidobro en la provincia de Córdoba puede también ostentar dicho título en 1928. Asimismo, habría que revisar con mayor profundidad la historia comunista en América Latina, particularmente en países como Chile y Uruguay donde el Partido Comunista tiene una dilatada historia como partido de masas.

²⁵ Véase diario *El Independiente*, San Francisco diciembre 1929.

²⁶ Trigueros era de nacionalidad española y fue presidente del Consejo Deliberante en 1918 e intendente cinco veces entre 1922 y 1954. Entre otros, estaba vinculado con Carlos Washington Lencinas, los hermanos Cantoni, Deodoro Roca, Tristán Maroff. El diario *La Voz de San Justo* lo llamó "el padre de los pobres y el terror de los ricos".

²⁷ Es de notar que San Francisco, al igual que Río Cuarto, tenía una importante base industrial y una temprana organización gremial desarrollada en la década de 1920 por los comunistas. De hecho, San Francisco, a pesar de su imagen rural, ha sido la segunda ciudad más industrializada de Córdoba desde 1918 en adelante, contando con una de las fábricas de pastas más grandes de América Latina, la fábrica Tampieri.

reivindicando una política económica basada en el radicalismo agrario georgiano²⁸. Bajo las intendencias de Trigueros se impulsaron la educación obrera y popular, los controles de tarifas de los servicios municipales, los impuestos al consumo conspicuo y a la riqueza. Como ejemplo de su postura basta su caracterización de la situación Argentina en 1932: “La sociedad ha llegado ya al extremo de la curva ascendente a que la impulsara el capitalismo, bajo la falsa apariencia del ejercicio de la democracia [...] habría que preguntarles en qué país ha gobernado, alguna vez, la democracia. Bajo espejismos cambiantes los que han impuesto y siguen imponiendo directivas al mundo y a la sociedad son los tentáculos del capital...”²⁹ Trigueros fue el fundador del peronismo en San Francisco, con lo cual nos encontramos con una base obrera e izquierdista, claramente distinta a la del peronismo de la ciudad de Córdoba.³⁰

Este entramado izquierdista se puede trazar en otras ciudades y pueblos del interior cordobés. En marzo de 1928 en Villa Huidobro (estación Cañada Verde), el Bloque Obrero y Campesino, organizado por los comunistas, triunfó en las elecciones municipales llevando como candidato al independiente José Olmedo, obrero rural y secretario general del Sindicato de Oficios Varios. El Bloque hizo cumplir la jornada de ocho horas, aumentó los salarios de obreros y empleados municipales, rebajó

²⁸ Véase Henry George. *Progreso y Pobreza* (1879). Entre otras cosas George proponía el impuesto a la renta potencial de la tierra.

²⁹ Intendente Serafín Trigueros de Godoy. *Memoria del ejercicio económico de 1932* (San Francisco: Municipalidad de la Ciudad, 1934), pág. 30.

³⁰ O por lo menos a la formulación clásica de César Tcach en sus varios trabajos. Véase Tcach. *Sabattinismo y peronismo*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1991. Un aspecto notable en la obra de Tcach es que no parece haber consultado censos provinciales, memoriales de intendencia, y la nutrida documentación de época. Así supone que sus conclusiones para la ciudad de Córdoba son válidas para el conjunto provincial. Más aun, realiza algunas afirmaciones sorprendentes como el insistir que el peronismo cordobés tuvo una base obrera débil. Esto no se condice con los testimonios y la documentación de época de ciudades del interior cordobés como San Francisco, Río Cuarto, Bell Ville, y Villa María.

los impuestos a los pequeños propietarios y bautizó una calle con el nombre de Sacco y Vanzetti. El 17 de diciembre, algunos activistas del Bloque izaron una bandera roja en la plaza central, hecho que fue utilizado como excusa por el gobierno provincial para intervenir el municipio.³¹ A su vez en 1938 los comunistas de Cañada Verde ganaron la municipalidad pero no se les permitió asumir. Veinte años más tarde, el 23 de febrero de 1958, el Partido Comunista ganó la intendencia de Brinkmann, en el departamento de San Justo, por 753 votos contra 699 de la UCRP y 409 de la UCRI. Esto último es revelador. Brinkmann contaba, en esa época, con cerca de 2800 habitantes mientras que el PCA tenía 250 afiliados locales o sea casi el 10% de la población y cerca del 14% de los votantes. Esto evidencia que los comunistas en Brinkmann eran un partido de masas aceptado localmente como una parte del espectro político local. Sin embargo, el hecho de que obtuvieran sólo tres votos por cada afiliado también revela que los miembros del partido distaban mucho de ser militantes leninistas, más bien podríamos decir que se asemejaban a los de cualquier partido tradicional. Por ende, lo más probable es que, a esa altura del desarrollo político zonal, el izquierdismo tan notable de los comunistas en San Francisco, Villa Huidobro o Cañada Verde se hubiera diluido lo suficiente como para que fueran una alternativa progresista pero no revolucionaria a los partidos tradicionales de la zona.

Asimismo, un análisis de la procedencia de la militancia “setentista” demuestra que muchos de estos eran oriundos de esos mismos pueblos chicos. Lugares como Cruz del Eje, Río Cuarto, Morteros y San Francisco en la provincia de Córdoba, o Venado Tuerto, Rafaela, Felicia y Reconquista en Santa Fe, o Diamante y La Paz en Entre Ríos tuvieron una cantidad importante de sus hijos militando en el PRT-ERP. Asimismo, en Río Cuarto, ciudad de importantes terratenientes donde la UCR fue siempre una fuerza política esencialmente conservadora, los comunistas

³¹ Roberto Ferrero. *Sabattini y la decadencia del yrigoyenismo* (Buenos Aires: Ediciones del Mar Dulce, 1981), pág. 63.

tuvieron una temprana organización y un fuerte arraigo tanto entre la intelectualidad local como entre los trabajadores de las fábricas y los talleres agroindustriales de la zona. Más aun, distintos testimonios calcularon que de Río Cuarto se habían incorporado cerca de 150 personas a las FAP-PB, al PRT-ERP y, en menor grado, a los Montoneros.³² Villa María, cuna del sabattinismo y la tierra del político conservador Ramón Cárcano, fue también una ciudad donde el PCA logró organizarse tempranamente y donde nació José “Pancho” Aricó. Por último, en 2003 el diputado provincial cordobés por Izquierda Unida era un activista gremial docente del Partido Comunista de Bell Ville. Esta contradicción entre una fuerte tradición conservadora en lo social y católica ortodoxa en lo cultural y una cantidad de datos que parecerían implicar la existencia de una cultura izquierdista subterránea a través de décadas, a su vez sugiere un replanteo en torno a la valoración de las expresiones político-culturales de las ciudades chicas y los pueblos del interior de la Argentina que contribuiría a explicar la persistencia de una conflictividad clasista notable y la generación de una cantidad importante de militantes de izquierda.

En síntesis, y retomando los planteos de Samuel, es mi hipótesis que en la Argentina hay una persistencia de una cultura izquierdista a nivel subterráneo vinculada con el “sentido común” popular que permea la sociedad, incluyendo los pueblos chicos. Esta cultura expresa un nivel de conciencia “en sí” que ha permitido la subsistencia de la izquierda orgánica a pesar de la represión y que, además, aporta a explicar la persistencia y la dureza de la conflictividad social a través del tiempo. Esta investigación, que recién comienza, es una continuidad y es consecuencia de las anteriores y se basa tanto en trabajo de archivo como en los testimonios de distintos protagonistas. Así la investigación ha seleccionado tres ciudades del interior

³² Véase Pablo Pozzi y Alejandro Schneider. *Los “setentistas”. Izquierda y clase obrera (1969-1976)* (Buenos Aires: EUDEBA, 2000). También Pablo Pozzi. *Por las sendas argentinas... El PRT-ERP, la guerrilla marxista* (Buenos Aires: EUDEBA, 2001).

cordobés (Rio Cuarto, Villa María y San Francisco) para trazar la conflictividad social y su relación con distintas formas de expresión de la izquierda orgánica y cultural en la zona entre 1918 y 1976.

La continuidad de estas tradiciones puede ser vista al comparar la huelga de 1929 con la de 1973 en San Francisco. La primera de estas huelgas³³, conducida por los comunistas de la Unión Obrera Provincial, se destacó por su combatividad y radicalización y también porque en la vanguardia de los huelguistas se contaban las obreras de la fábrica Tampieri y las telefónicas de los pueblos vecinos, muchas de las cuales pertenecían a la Asociación Comunista Femenina. El conflicto de 1929 reveló un profundo y complejo entramado político y cultural izquierdista en la ciudad. Como era de esperarse, los obreros contaron con el apoyo del CPDC, del Partido Comunista y de las agrupaciones anarquistas. Pero también surgieron una red de bibliotecas populares, sociedades culturales, y grupos de pequeños comerciantes que se solidarizaron con los huelguistas. Las movilizaciones obreras contaron con un promedio de mil quinientos asistentes o sea cerca del 15% de la población adulta.

En las décadas siguientes a 1929 San Francisco mantuvo un alto nivel de conflictividad, con una presencia importante de los comunistas hasta la década de 1970. A su vez, el CPDC fue la principal fuerza que conformó el Partido Laborista local diferenciándose del peronismo de la ciudad de Córdoba que contó con la adhesión principalmente de caudillos conservadores.³⁴ Sin embargo, y a diferencia de 1929, esta cultura izquierdista subterránea se manifestó por canales que rara vez se dieron a través del Partido Comunista.

El 30 de julio de 1973 San Francisco una vez más protagonizó una eclosión social que certificaría la persistencia de esta cultura.

³³ Véase el estudio de Mariana Mastrángelo. *Cultura y política en la Argentina. Los comunistas en la huelga de 1929 en San Francisco, Córdoba*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2006.

³⁴ Según distintos testimonios, muchos obreros comunistas sanfranciscanos adhirieron al peronismo.

En ese momento la ciudad tenía poco más de 60.000 habitantes. El conflicto comenzó cuando 300 obreros de la fábrica Tampieri ocuparon la empresa reclamando salarios atrasados. La medida contó con la adhesión de la población incluyendo el apoyo de muchos pequeños comerciantes. Como consecuencia al día siguiente, 31 de julio, la Regional San Francisco de la CGT declaró la huelga general que paralizó 430 fábricas y 2.500 comercios de la zona. Los trabajadores realizaron una movilización en la sede de la CGT Regional que contó con cerca de diez mil asistentes. Cuando estos se desconcentraron fueron reprimidos por los batallones de “control de disturbios” enviados por el gobernador provincial Ricardo Obregón Cano y su vicegobernador, el dirigente de la UTA, Atilio López. En la refriega resultante los trabajadores incendiaron dos residencias de los Tampieri y la casa del abogado, accionista de Tampieri y director del diario *La Voz de San Justo*, Joaquín Martínez. El enfrentamiento policial dejó el saldo de un muerto y varios heridos. El conflicto contó con el apoyo del Movimiento Sindical Combativo (MSC) cordobés, dirigido por Agustín Tosco, y por la CGT provincial. La principal consigna de la movilización fue expresada en una pintada callejera que decía: “Mientras no derrotemos a los explotadores, no habrá paz en San Francisco”. Mientras tanto, en la ciudad de Córdoba, los Comandos Populares de Liberación colocaron una bomba en la sucursal de la empresa Tampieri. El conflicto finalizó cuando el gobierno provincial se comprometió a hacerse cargo de los salarios adeudados.³⁵

Una vez más lo notable del conflicto sanfranciscano en 1973 fue la masividad y su rápida radicalización. Sin bien falta investigar más, queda claro que el movimiento obrero local contaba con nexos con el *tosquismo* y el MSC. Asimismo, y tomando en cuenta el reciente triunfo electoral nacional del justicialismo y de su Tendencia Revolucionaria en la provincia de Córdoba que habían

³⁵ Diario *Así*, No. 514, 2 de agosto 1973; *Clarín* 1 de agosto de 1973; *El Combatiente*, órgano del Partido Revolucionario de los Trabajadores, No. 85, 10 de agosto de 1973.

proclamado el Pacto Social, revela que la combatividad local trascendía los límites que intentaba imponer el peronismo. Por otro lado, el hecho de que el paro fuera acatado masivamente y que en las movilizaciones participara un alto porcentaje de la población local es testigo de la subsistencia a través de medio siglo de criterios y sentires similares a los que dieron pie al conflicto de 1929. Si bien en aquella época estas estructuras de sentimiento se canalizaron a través del CPDC, del sindicalismo conducido por el Partido Comunista y de los anarquistas, en 1973 estos se expresaban a través del movimiento obrero local dirigido por el peronismo.

Lo que todo lo anterior parecería indicar es la persistencia, durante por lo menos medio siglo, de una fuerte conciencia en sí de la clase obrera local expresada a través de la adhesión a sus organizaciones gremiales, de la identificación de individuos específicos como “explotadores” y “enemigos” (los Tampieri), y de la violencia clasista en el enfrentamiento con las fuerzas “del orden”. Aun así la investigación debe explorar tanto el cómo se conformó esta conciencia, las particularidades específicas y las diferenciaciones con aquella que se fue gestando en las grandes ciudades, y la relación entre la experiencia, la estructura de sentimiento y la conciencia. En particular, habría que pensar en torno a los significantes y las resignificaciones que operan en una ciudad obrera, cuyas industrias se derivan principalmente de la producción agrícola de la zona. Por ende, si bien no es una ciudad rural en el sentido tradicional, por su magnitud y sus vínculos agropecuarios, tampoco es una ciudad industrial en el sentido más acabado del término. Por otra parte, las experiencias comunistas de Villa Huidobro, Cañada Verde y Brinkmann parecerían indicar que aquí opera un fenómeno político-ideológico y cultural bastante complejo. Si a estas experiencias le sumamos los datos disponibles de ciudades como Río Cuarto y San Francisco, lo que emerge son una serie de procesos socio culturales y tradiciones que se combinan para ofrecer algunas explicaciones de fenómenos históricos sumamente complejos como los orígenes del peronismo obrero, la supervivencia de la izquierda, el desarrollo de la guerrilla a través del país, la oposición

obrero a las distintas dictaduras, y la pervivencia de tendencias clasistas en medio del neoliberalismo más salvaje.

IV.

Mis trabajos han generado algunas críticas y discusiones. Un sector objeta fuertemente al énfasis en clase y en conflictividad social. Para este sector académico mi obra es “esencialista” y “estructuralista”. Por estos términos hacen referencia a que pongo énfasis en determinantes económicos y que opino que “la clase obrera siempre lucha”. En parte tienen razón. Es mi opinión que las motivaciones, los condicionantes, y las relaciones socioeconómicas son lo fundamental para determinar y condicionar el comportamiento de grupos humanos. En esto no confundo al individuo con el conjunto social; si bien las decisiones individuales tienen motivaciones complejas y complicadas, las colectivas son producto de mucho más que la mera sumatoria de deseos individuales. Esto no es una conclusión teórica, sino más bien práctica de haber observado y reflexionado durante toda una vida sobre los comportamientos humanos. La crítica de “esencialismo” hace referencia a una supuesta opinión mía por la cual la clase obrera “siempre lucha” y contiene una “esencia” positiva. Una vez más, tienen absolutamente razón. El problema es el cómo definen cada cuestión. La clase no siempre “lucha”, pero si sobrevive constantemente en condiciones de antagonismo de clase. Esto en sí mismo no es ni bueno ni malo, pero si describe la realidad de la sociedad clasista por la cual la conflictividad, la violencia, la explotación son parte inescindible de su existencia. Al mismo tiempo, la clase contiene efectivamente una “esencia” positiva, aunque no en el sentido de alguna supuesta “bondad cristiana”. Su propia realidad, sus condiciones de vida, generan intereses, unas pautas, una cultura, que llevan indefectiblemente a un accionar que contiene elementos de una sociedad distinta. Esto no quiere decir que esa sociedad sea “buena”, sino simplemente que esos elementos no serán similares a los conocidos hasta el día de hoy. Una vez más, esto no es una conclusión teórica sino más bien vivencial: el haber

sido obrero demasiados años me demostró en carne propia cómo la producción establece pautas colectivas que modifican el comportamiento individual para ir forjando un conjunto de obreros.

Otro tipo de crítica, desde la vereda ideológica supuestamente opuesta a la anterior, hace énfasis en la crítica a partir de escasa “ortodoxia” teórica de mi obra. Una vez más tienen razón. Lo que pasa es que percibimos la teoría de formas distintas. A mi me interesa explicar la realidad, o sea me interesa construir una interpretación histórica social y política de la clase obrera argentina y no elaborar algún tipo de aporte teórico marxista. Para explicarlo de otra forma, mi proceso analítico va desde los datos de la realidad a buscar formas explicativas (teoría) para regresar a lo empírico. Nuestra tradición intelectual francófila hace, en cambio énfasis en la teoría para buscar los datos de la realidad que la comprueben. Esta es una forma de idealismo que resulta por demás seductora y fácil, pero tiene escaso poder explicativo de los procesos sociales. La diferencia entre ambos enfoques encuentra su razón de ser en mi percepción de “clase social” no como una construcción teórica sino más bien como una experiencia vivencial. En este sentido, para mí el término clase social no una abstracción sino que trasciende la teoría para convertirse en una interpretación de la realidad. Tanto teoricistas como sus aparentes contrarios comparten un aspecto central de la interpretación: ambos reducen a la clase obrera en una concepción aparentemente neutral, “científica”, y “objetiva”. La diferencia es crucial: mi uso del término remite inmediatamente a una visión partidista, política, ya que alude inevitablemente a la lucha de clases, al antagonismo clasista, a algo fundamental e ineludible en el orden social capitalista. Pero más aun, mi percepción de clase hace referencia a que esta llena de seres humanos de carne y hueso.

Hace ya muchos años entré a trabajar en una “fábrica” automotriz (realmente era una especie de taller autopartista grande y de baja tecnificación). Yo había ido para “hacer la revolución” y ganarme el pan. Aprendí muchas cosas: por ejemplo que salía tan cansado de trabajar que no quería que me hablaran de política ni de otras “boludeces”. Pero lo que aprendí

principalmente fue que la clase social era algo que existía en la vida cotidiana, como cuando yo, que me creía un obrero igualito a los demás, descubrí que no lo era. Por que, como me dijo uno de los compañeros viejos de la sección: “vos cuando querés te vas de aquí. Lo mío es de por vida”. Estuve allí un tiempo y luego pasé a otros trabajos. Quince años más tarde decidí que si, quería ser historiador. Y allí decidí que mi trabajo era para aquellos compañeros que estaban condenados “de por vida”. Escribo para ellos. Para que algún día puedan ser libres.

Recebido em outubro de 2008

Aprovado em março de 2009